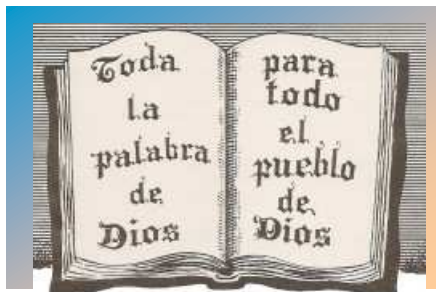


A photograph of a pineapple on its plant. The pineapple is in the center, showing its characteristic diamond-patterned, scaly skin. The top of the pineapple is covered in long, green, pointed leaves. The background is filled with more of these green leaves, creating a dense, natural setting. The lighting is soft, highlighting the textures of the pineapple and the leaves.

La Sana Doctrina

Mayo-Junio 2017

La Sana Doctrina



Revista bimestral publicada por asambleas congregadas en el Nombre del Señor Jesucristo en Venezuela.

Año LVII N° 349
Mayo-Junio 2017

Redactores:

Guillermo Williams (Fundador: 1958-61)
Santiago Saword (1961-76)
Santiago Walmsley
Andrew Turkington (Redactor)
Tlf. (0416) 4373780
E-mail: andrewturk@cantv.net

Suscripciones: Joseph Steven Turkington
a/c Carrera 6ª N°12-61,
San Carlos, Cojedes, Venezuela.
Teléfono: (0416) 3020889
E-mail: jsturkington@gmail.com

Suscripciones para 2017

Para Venezuela: La suscripción es anual (seis revistas), y se paga en dos cuotas:

1. Bs. 4000,00 para las tres primeras revistas
2. Se avisará oportunamente el precio para las últimas tres revistas

Las suscripciones se hacen por asamblea, y pueden cancelarse mediante un depósito o transferencia a la cuenta de ahorros **No. 0105-0101-61-0101-10778-1** del Banco Mercantil a nombre de **Joseph Steven Turkington, C.I. 17.890.560**. Avisar por teléfono o utilizar el código explicado en el Directorio de asambleas.

Para el exterior: Se puede suscribir gratuitamente a la revista electrónica en la página web:

www.sanadoctrina.net

Y se le enviará un correo electrónico cada vez que se carga una nueva revista en la página.

2 *La Sana Doctrina*

Contenido

Artículos:

La Doctrina de Cristo (19)..... 3
Samuel Rojas

Vuestro Culto Racional..... 6
Andrew Turkington

El Culto Semanal de Predicación
Del Evangelio..... 9
Paul Robinson

La Perspectiva Cristiana de
Nuestra Sociedad
III. Nuestra mente débil12
A.J.Higgins

El Sermón del Monte (18) 16
Estudios Bíblicos –Mateo 5-7
David Gilliland

Lo que preguntan 20
• *Cómo descubrir mi don*

Página Evangelística 24
Sólo un Baile Más

Portada: Frutas (3) - Piña

La Doctrina de Cristo (19)

Samuel Rojas



RECONCILIACION

De las primeras ‘grandes’ palabras mencionadas antes, tomemos una más: **reconciliación** (Gr. *katalagué*=cambio, ajuste, restauración al divino favor), la cual aparece 4 veces en el N.T. (Rom.5:11;11:15; 2 Cor.5:18,19). Así como **propiciación** expresa el efecto de la muerte de Cristo en relación con Dios, así **reconciliación** representa el efecto, o valor, que la muerte de Cristo tiene, pero en relación con el ser humano. El verbo reconciliar (Gr. *katallasso*=cambiar mutuamente, componer una diferencia) r.5:18,19,20.

Las otras ocasiones en las cuales aparece el verbo “reconciliar” en nuestra Versión Castellana, se trata de un verbo distinto: (i) Mat.5:24, *diallatto-mai*=cambiar completamente, mentalmente conciliar; (ii) Efes.2:16 / Col.1:20,21, *apokatalátto*=reconciliar totalmente.

La principal palabra a considerar tiene el pensamiento siguiente: es la reconciliación en la cual el cambio es del lado de una parte (el ser humano enemigo) inducida por la acción de la parte de otro (Dios). Una parte es la enemiga, y necesita ser reconciliada con la otra parte, la cual toma la iniciativa.

El pecador es el que necesita la reconciliación con Dios. Está, pues, en sus pecados, alienado de Dios y en enemistad para con Dios. La muerte de

Cristo sienta la base justa y legal para que Dios, en Su gracia, pueda reconciliar al ser humano con EL. Cristo, quien es sin pecado pues ni siquiera lo conoció, llevó el juicio que merecía el pecado. Esta restauración del hombre al favor divino se hace efectiva tan pronto el individuo cambia de actitud y acepta la provisión que Dios ha hecho por el sacrificio de Su Hijo. Mientras no lo haya hecho, el pecador está bajo condenación y expuesto a la ira de Dios. A la misma vez que reconcilia, Dios dio a los apóstoles el ministerio (Gr., *diakonía* =servicio) de la reconciliación, en primer lugar y principalmente. Así que eran embajadores (Gr., *presbeúo*=ser un anciano, actuar como representante) en Nombre de Cristo, rogando (suplicando, pidiendo) a los seres humanos que se reconcilien con Dios. En cuanto a los creyentes, en sentido secundario, al gozar de reconciliación tenemos el honor de hacer este servicio para Dios. Este ruego lo hacemos por la Palabra (Gr. *logos*) de la reconciliación que predicamos.

Los otros verbos usados presentan una idea diferente: la reconciliación de las partes entre las cuales ha habido mutua hostilidad. En Mat.5:24, es entre un ser humano y otro ser humano, ambos creyentes hijos de Dios, hermanos en Cristo. En Efes.2:16, es entre el judío creyente y el gentil que cree en Cristo también. Y, en Col.1:20, de todas las

cosas en los cielos y en la tierra con Dios, “en la dispensación del cumplimiento de los tiempos” (Efes.1:10).

Hay otras palabras usadas por el Espíritu de Dios que nos amplían la revelación del alcance de la muerte propiciatoria del Señor. Como, por ejemplo, las preposiciones. Aunque son palabras más cortas (pequeñas) son muy importantes. Normalmente se estudian, a lo menos, 7 preposiciones; empero acá, solo mencionamos 3 para comenzar, porque normalmente estas tres siempre se traducen igual, “por”: son *perí*, *huper* y *antí*.

Perí está 331 veces en el N.T. En relación directa con la muerte del Cristo podemos citar “Mi sangre...que por muchos es derramada” en Mat.26:28 y Mar.14:24; “Cristo padeció... por los pecados” en 1Ped.3:18; y, “ÉL es la propiciación por nuestros pecados...no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo...” en 1Jn.2:2,2,2 y 4:10. En estos casos, lleva la fuerza de “a causa de” o “por causa de”.

Aquí, tenemos que mencionar, aunque sin estudiarla extensamente, una adicional a estas tres, una cuarta preposición, *dia*, porque aunque significa “por medio de, a través de”, algunas veces es traducida “por” en conexión con Su muerte: Rom.4:25; 5:10. Junto con *perí* nos indica que Su muerte fue PENAL, es decir, a causa (o, por causa) de nuestro pecado y necesidad, ciertamente NO por causa de Él Mismo. ÉL murió en nombre del pecador, estableciendo (y cumpliendo) así la Ley al sufrir su pena, o castigo. Esto nos lleva a la segunda preposición que queremos analizar.

Huper se halla 160 veces en el N.T.; empero solo unas 30 veces describe la

muerte del Señor Jesús como “a favor de”: “por vosotros” (Luc.22:19,20; 1Cor.5:7; 11:24); “por la vida del mundo” (Jn.6:51); “por las ovejas” (Jn.10:11,15); “por el pueblo...la nación” (Jn.11:50,51,52 y 18:14); “por los impíos...por nosotros...por todos nosotros” (Rom.5:6,8; 8:32; Gál.3:13; 1Tes.5:10; Tito 2:14; 1Ped.2:21 y 4:1; 1Jn.3:16); “...tu hermano...aquel por quien Cristo murió” (Rom.14:15); “por todos” (2Cor.5:14,15; 1Tim.2:6; Heb.2:9); “por los ... nuestros...pecados” (1Cor.15:3; Gál.1:4; Heb.10:12); “por los injustos” (1Ped.3:18). Y, lo más sublime, cada salvado puede decir “por mí” (Gál.2:20). Por esto decimos con razón que Su muerte es VICARIA.

Antí es especial también; muy especial. Aparece 22 veces en el texto del N.T., pero solo 2 veces directamente describiendo otro aspecto precioso de la muerte del Señor, pues significa “en lugar de”: “dar Su vida en rescate (Gr. *lútron*) por MUCHOS” (Mat.20:28 y Mar.10:45). Nunca se usa, como *perí* y *huper*, con la palabra TODOS, pues ÉL murió a causa de y a favor de todos, pero solo en lugar de muchos: los que LE han recibido, creyendo en Él. Así tenemos la doctrina de la SUSTITUCIÓN: ÉL murió en lugar de todos los que han sido salvados. Pues, aunque ÉL murió a favor de todos, todos no van a ser salvados al fin, sino solo los que LE reciben por creer en Él. Su muerte, pues, fue SUSTITUTORIA.

Veamos otra vez, con estas luces, 1Tim.2:6 - “Quien Se dio a Sí Mismo en rescate (Gr. *antiLUTRON*) por (*huper*=a favor de) todos”. Todos, y cada uno, de los seres humanos estamos INCLUIDOS en el valor de Su sacrifi-

cio, el precio del rescate de todos fue pagado por ÉL. Esto hizo ÉL Mismo (no otro) a favor de todos. Se hace efectivo en cada persona que cree; y es, entonces, cuando cada uno de los salvados SÍ puede decir, “ÉL murió en mi lugar; Él fue mi Sustituto”.

La Siega de Su muerte

En el libro del Apocalipsis vemos cumplida la palabra de Isaías 53:11 (“Verá el fruto de la aflicción de Su alma...”) en un sentido muy amplio, pues el desenlace final y eterno de todos los propósitos de Dios por medio de Su Cristo nos son revelados como consecuencia directa de Su muerte en cruz.

Explícitamente, e implícitamente, Su muerte es referida en este Libro por las menciones a Su sangre (1:5; 5:9; 7:14; 12:11); por las 28 veces en las cuales el Señor aparece llamado “Cordero”, especialmente cuando se usa la palabra “inmolado” (5:6,9,12; 13:8); por la palabra “traspasar” (1:7); y, la mención directa que ÉL Mismo hace en medio de los 7 candeleros de oro (1:18). Apercebimos que, en todos los casos, hay un énfasis en el aspecto VICTORIOSO de Su muerte.

Se demuestra esto por estar en el Trono de Dios, muy por encima de todo y de todos, y al ver que todo es sujetado a Él. Por haber vencido en la cruz, ÉL es capaz de tomar el Libro y de abrir sus sellos, y conducir todo a la sujeción a Dios. Su muerte, pues, es la base de la reconciliación de todas las cosas, la cual permitirá a Dios traer cielo nuevo y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. Los efectos, y resultados de Su muerte, son eternos.

Recordemos que la palabra “Cordero” usada en Apocalipsis es dis-

tinta a la usada por el Espíritu de Dios en los otros libros del Nuevo Testamento. En Jn.1:29 y 36, en Hch.8:36, y en 1 Ped.1:19, es “*amnos*”, “el Cordero para el sacrificio”. Aquí es “*arnión*”: es un diminutivo de “*amnos*”, “corderito, o Cordero joven”. De las 30 veces que aparece en el N.T., en Jn.21:15 se refiere a los “corderitos” del rebaño del Señor y en Apoc.13:11 a los cuernos de la segunda bestia. El resto, en Apocalipsis, es el Señor Jesucristo. Esto indica la frescura y la vigencia, y eficacia, permanentes de Su solo sacrificio. ¡Gloria a ÉL!

Bien hacemos en aclamar, desde ya, al Cordero como digno de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza (5:12).

Es el Cordero Quien obtiene a Su esposa, la Asamblea dispensacional (Su Iglesia), la magna obra de Dios de todos los siglos. Ella es representada como una ciudad en cubo (21:16), lo cual significa la Perfección. En este caso, la Perfección relativa, porque la Perfección Absoluta es Dios Mismo. En el capítulo 4, los círculos concéntricos más íntimos e inmediatos, y gemelos podríamos decir, al Trono eterno de Dios, tienen que representar a la misma Asamblea de personas: los 24 tronos con 24 ancianos sentados en estos y los 4 seres vivientes (4:4,6). “24” es el número sacerdotal, y “4” es el número universal. La asamblea (iglesia) total, totalmente conformada a su Esposo (4:7). En el cántico nuevo (5:8,9,10) todos los redimidos de esta Dispensación de la gracia de Dios dicen que les ha hecho “reyes y sacerdotes”. Este es el pueblo celestial del Señor.

Pero, la cosecha es aún más amplia. En el 7:9,14 hay una gran multitud de seres humanos, innumerables, también lavados por Su sangre. A estos hay que añadir a los salvados de la nación de Israel, Su pueblo terrenal. Todos ellos han de heredar la tierra (20:4,6; Daniel 12:13).

Más nunca el pecado levantará su negra cabeza en todo el vasto universo de Dios. Ni Satanás ni sus ángeles molestarán, nunca más. La siega de Su muerte, es decir, la futura bendición es tan grande que se describe en este Libro en forma negativa: no habrá más hambre, ni sed, ni más hiriente sol, ni más calor opresor. El tiempo ya no es más. El mar ya no será más. No más lágrimas, no más muerte, no más llanto, ni

clamor, ni dolor. No más templo, no más sol ni luna. No más noche; no más pecado. No más maldición (7:16; 10:6; 21:1,4,22, 23,25,27; 22:3,5). ¡Aleluya!

Su RESURRECCIÓN Corporal

Su Sepultura es un Eslabón Indispensable en el Evangelio de Dios, como lo expone el apóstol Pablo en 1 Cor.15:3-4: “Que Cristo murió...y fue sepultado, y que resucitó...”. Pues, en relación con Su muerte, Su sepultura demuestra fehacientemente que ÉL sí murió en verdad. Y, en relación con Su resurrección, Su sepultura demuestra irrefutablemente que ÉL resucitó de los muertos.

Nuestro Culto Racional

Andrew Turkington



Todo creyente salvado por la gracia de Dios debe tener muy claro el significado de Romanos 12:1.

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.” Es un versículo que debe dejar una profunda y permanente impresión sobre nuestras almas. Al examinar con detalle cada frase de este solemne versículo, permitamos que el Espíritu de Dios lo grave con cincel de hierro y punta de diamante sobre nuestros corazones.

La Conexión

“Así que”, es el eslabón que vincula este versículo con todo lo que el apóstol ha escrito antes de esto, y apunta a todo lo que va a escribir de aquí en adelante. Él ha echado una sólida base doctrinal sobre la cual ahora va a colocar una serie de exhortaciones prácticas para la vida Cristiana. Ese es el orden correcto: primero la doctrina, luego la práctica; primero la enseñanza, luego la exhortación. Las dos cosas siempre deben ir juntas. Dar exhortaciones prácticas sin la base doctrinal no va a tener un resultado duradero en las vidas de los cre-

yentes. Por otro lado, enseñar doctrina sin dar la aplicación práctica a nuestras vidas, solamente hincha la cabeza.

Entonces, el “así que” nos obliga a mirar lo que viene inmediatamente antes de esto, es decir, el último versículo del capítulo 11: “Porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas. A Él sea la gloria por los siglos. Amén.” Esta es la gran conclusión del apóstol al considerar los inescrutables caminos de Dios para con el hombre. Pero, si todas las cosas son de Él, y por Él, y para Él, entonces mi cuerpo también, y debo presentárselo a Él en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. ¿Cómo se lo puedo negar?

El Cariño

“*Hermanos*”, es un término de familia, indicando el amor y aprecio que el apóstol sentía para con los creyentes. De entrada, está procurando llegar al corazón de ellos. ¡Qué privilegio estar en la familia de Dios y relacionarnos con los demás creyentes como hermanos! A la vez, las exhortaciones que Pablo va a dar de aquí en adelante se dirigen a los que son salvos. De nada vale hablar de consagración a los que no tienen vida espiritual. ¿Cómo enduermecerme ante tal cariño?

El Consejo

“*Os ruego*” –de esta manera humilde, el gran apóstol se dirige a los creyentes. No utiliza su autoridad apostólica para mandar o exigir, porque ¿qué valor tendría una consagración impuesta, por obligación? La palabra significa sentarse al lado de una persona para ayudarla y animarla. Pero el apóstol es solamente el instrumento usado por Dios para dar esta exhortación. Real-

mente, el ruego viene de parte de nuestro Dios quien inspiró todas las Escrituras. ¿Cómo podemos resistir, cuando el mismo Dios, nuestro Dios, nos está rogando?

La Consideración

“*Por las misericordias de Dios*” – esta es la palanca que debe movernos a presentar nuestros cuerpos al Señor. Una consideración detenida de esas abundantes misericordias expuestas en los primeros capítulos de la epístola, tiene que producir inevitablemente la respuesta deseada por el apóstol: la consagración al Señor. Éramos pecadores culpables, acusados ante el tribunal supremo del Juez de toda la tierra, sin nada que decir a nuestro favor, condenados por Su santa ley, y esperando la ejecución de la sentencia de muerte eterna. Pero el mismo Juez intervino a nuestro favor, no escatimando ni a Su propio Hijo, sino entregándolo por todos nosotros. Ahora, en base al sacrificio perfecto de Cristo, no hay ninguna acusación contra nosotros, y nadie nos puede condenar, ni separar del amor de Cristo. ¿Cómo podemos quedar impasibles ante semejantes misericordias?

La Consagración

“*Que presentéis*” –este es el acto voluntario que se espera de cada uno de nosotros. Significa ponernos a las órdenes de Dios; estar dispuesto y disponible para todo lo que Él quiera para nosotros. Antes nos presentábamos al pecado para servir ese terrible amo, quien se aprovechaba de nuestra disposición a servirle para reducirnos a una dura servidumbre. Ahora es nuestro privilegio presentarnos a nuestro nuevo Dueño, cuyo yugo es fácil y ligera Su carga.

¿Cómo no hacerlo si será para nuestro supremo bien?

El Cuerpo

“*Vuestros cuerpos*” –Nuestro cuerpo ya no es nuestro, es del Señor, quien lo ha comprado al precio de Su preciosa sangre. “Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Cor. 6:19,20). El cuerpo está compuesto de miembros, de modo que “presentad vuestros miembros para servir a la justicia” (Rom. 6:19). Nuestras manos, pies, oídos, ojos, boca, cerebro, etc. –todo debe ser puesto sobre el altar para ser usado por Él. Presentar el cuerpo implica, por supuesto, la presentación de todo nuestro ser: “espíritu, alma y cuerpo”. ¿Cómo reservar algo para mí?

El Costo

“*En sacrificio*” –Esta palabra implica la muerte de una víctima que se ofrece a Dios. Al presentar nuestros cuerpos en sacrificio, tenemos que renunciar a nuestra vida, como dijo el Señor: “Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará” (Mt. 16:25). El creyente puede decir como Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo...” (Gál. 2:20). La consagración esperada de nosotros tiene su precio: tenemos que decirle NO al gran YO, a mis ambiciones y proyectos personales. Pero, ¿qué es eso comparado con el supremo sacrificio de nuestro Salvador? ¿Cómo no estar dispuesto a pagar el precio?

La Continuidad

“*Vivo*” –no es el sacrificio supremo de entregar nuestro cuerpo a la muerte,

como un acto heroico, y hasta allí llegó todo –no se puede hacer más. Es un sacrificio continuo, diario. Uno presenta su cuerpo, y sigue viviendo para seguir presentando su cuerpo. Cada mañana, al levantarme, debo presentarme al Señor para hacer Su voluntad durante el día. No basta haber presentado mi cuerpo ayer –hoy también debo hacerlo. Si la eternidad no será suficiente para agradecer lo que Él hizo por mí, ¿cómo puedo dejar de presentar mi cuerpo a Él aun por un solo día?

El Carácter

“*Santo*” –cualquier cosa no es aceptable al Señor. Los animales ofrecidos en la antigüedad tenían que ser sin defecto para ser aceptables a Dios. De la misma manera Dios exige que el cuerpo que ponemos a Su disposición sea santo, apartado del pecado. Si estamos complaciéndonos en el pecado, nuestro sacrificio no será de agrado para Dios. Es indispensable la limpieza diaria con el agua de la Palabra de Dios, confesando el pecado y apartándonos de todo lo que no está de acuerdo a la santidad de Dios. ¿Cómo ofrecer a Dios un cuerpo contaminado por el pecado?

La Complacencia

“*Agradable a Dios*” –así como los sacrificios del pasado, que subían “en olor fragante” a Dios. La ambición del creyente debe ser andar “como es digno del Señor, agradándole en todo” (Col. 1:10). Como el niño que se siente bien recompensado al ver la sonrisa en el rostro de su padre, así es la satisfacción del creyente al saber que Dios aprecia y estima su sacrificio. ¿Cómo es posible que Dios se digna tomar en cuenta el

sacrificio de mi cuerpo, y aún más, le agrada?

El Culto

“*Que es vuestro culto*” –es decir el servicio que se ofrece a Dios. La misma palabra se usa en cuanto al servicio que llevaban a cabo los sacerdotes en el tabernáculo (Heb. 9:1,6). Presentar nuestros cuerpos en sacrificio es un culto que rendimos a Dios, un verdadero acto de adoración. Mi ejercicio debe ser: ¿Cómo servirle como Él lo merece?

La Consistencia

“*Racional*” – es decir lógico, inteligente, perfectamente consistente con nuestra profesión de fe. Presentar nuestro cuerpo en sacrificio a Dios no es un

loco fanatismo. Más bien es la respuesta más razonable al sacrificio del Calvario. Este es el argumento lógico del creyente: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron; y por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Cor. 5:14,15). ¿Cómo podemos resistir la lógica de este razonamiento?

Habiendo entendido, por lo menos en parte, lo que significa Romanos 12:1, escuchemos lo que dice nuestro Señor y Maestro: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (Jn. 13:17)

El Culto Semanal de Predicación del Evangelio

Paul Robinson



Un culto para la predicación del evangelio ha sido la práctica semanal de asambleas a través de los años, y ha sido honrado por Dios en que muchos han sido salvos, especialmente entre las familias de los Cristianos, y a veces entre los vecinos y amigos. Aun cuando se ha tornado cada vez más difícil que vengam visitantes a estos cultos, es importante no desanimarnos hasta el punto de convertirlo en un culto de ministerio. Nuestros niños necesitan escuchar la sencilla y solemne predicación del evangelio, y es un preservativo para la asamblea aun si pocos llegan a ser salvos (1 Cor 15:2-4).

El predicador para este culto generalmente es uno de los hermanos locales, que puede tener una capacidad limitada, de modo que los creyentes no tengan mucha iniciativa para invitar vecinos. Quisiera ofrecer algunas sugerencias para estos hermanos, especialmente los más jóvenes, para ayudar en la preparación, el contenido, la entrega y el seguimiento de esta responsabilidad de predicar.

Cultiva el espíritu de un ganador de almas; esto es, viva el evangelio, buscando oportunidades para hablar del Señor Jesucristo a las personas con quienes te encuentres, de una manera sincera pero

con gentileza. Aprenderás cómo es la forma de pensar de la gente, y cómo aplicar el evangelio en términos bíblicos sencillos; y tal vez aun logres que asistan al culto.

Entonces, recuerda que la condición espiritual del predicador da peso a su mensaje. Los evangelistas en Los Hechos estaban “llenos del Espíritu Santo”. Esto solamente se logra pasando tiempo en la presencia de Dios, examinando tu propia vida y juzgando la carne, antes de clamar a Dios por un mensaje. Estos son ejercicios santos que se deben cultivar si uno va a ser fructífero en el evangelio.

Luego, piensa en el mensaje. La Palabra de Dios debe presentarse con claridad y sencillez para todos. No es un sermón para impresionar a los creyentes. Hay muchos textos y narrativos evangélicos que sirven de base para el mensaje; no tienes que basarlo en eventos contemporáneos, sensacionales, o catastróficos. Toma como ejemplo la predicación de Cristo y de los apóstoles, la enseñanza de las parábolas, o los encuentros que el Señor tuvo con personas. Aprenda a incorporar en el mensaje el significado de verdades básicas del evangelio tales como salvación, redención, reconciliación, justificación, condenación, enemistad, el creer, etc. Evita textos oscuros y lecturas largas. No utilices vulgarismos o lenguaje coloquial al manejar la verdad de Dios. Utiliza terminología Bíblica. El Espíritu de Dios la inspiró; Él también la usa para convencer y convertir. No utilices términos derogatorios o que insultan, al describir la condición del pecador –la Biblia no lo hace. Evita declaraciones no Escriturales que a menudo escucha-

mos como por ejemplo: “Dios quiere tener una relación contigo”.

Siendo jóvenes “predicadores”, fuimos aconsejados que nunca faltara en nuestro mensaje los “3 erres”: la *Ruina* del hombre, el *Remedio* de Dios, y la *Responsabilidad* del pecador. Con esto en mente, encontrarás material para la predicación del evangelio en todas partes de la Biblia. De hecho, en tu estudio diario de las Escrituras, guarda una libreta dedicada a notas para la predicación. Evita mensajes tipo debate o para defender el evangelio. Predicar el evangelio no es presentar un argumento intelectual; es una declaración Celestial, un mandato que pecadores se arrepientan y crean el evangelio. Solamente Dios puede iluminar la mente cegada; la salvación es una revelación divina. En primer lugar, la salvación es la buena noticia acerca del Señor Jesús –Su muerte, sepultura y resurrección. El mensaje debe glorificarle y atraer las personas a Él.

¿Qué de las ilustraciones? El señor Spurgeon dijo a sus estudiantes que “pueden ser como una ventana que deja entrar luz al cuarto”, así ayudando al oyente entender la verdad que se está presentando. Deben ser usados con sabiduría, para clarificar o aplicar un punto en particular. Las ilustraciones pueden ser experiencias humanas, pero las historias de muerte y de personas moribundas a veces se llevan a los extremos. Una técnica efectiva es basar un mensaje sobre uno o dos buenos versículos del evangelio, entonces buscar a través de las Escrituras un evento, declaración o personaje que los ilustra. Para añadir a esto, si puedes usar un evento actual o experiencia personal para introducir tu

tema, estarías actuando según el ejemplo Bíblico, porque así predicaron Pedro y Pablo en Los Hechos; esto captura más rápidamente la atención del auditorio.

A continuación doy algunas sugerencias sobre la entrega del mensaje, que pueden ser de beneficio. Para contrarrestar el nerviosismo, utiliza notas; en forma de puntos a tratar más bien que una narrativa. Las notas ayudan a mantener el rumbo y deben ser con una letra suficientemente grande para ser vistos rápidamente. Anotando solamente los puntos a considerar te permite dar un vistazo a la libreta, mientras que una narrativa requiere que tengas la vista continuamente hacia abajo. Aprenda a tener buen contacto visual con tu auditorio, en vez de predicar a las paredes. Muestra un semblante agradable. Los oyentes harán contacto y te seguirán.

Evite gritar y tirar las manos demasiado, lo cual puede “apagar” al oyente. Predica con compasión y entusiasmo, como lo merece el anuncio de la bendición más grande que se puede ofrecer a una persona. El poder para salvar está en el evangelio, en las Escrituras, y no en tu voz. Cuando un predicador, que normalmente es tranquilo, comienza a gritar, su predicación es como un juego y no será efectivo. Preséntate con la postura, vestuario y dignidad de un representante del Rey de reyes.

Al final del mensaje, se debe instruir a los oyentes que deben creer este evangelio si van a ser salvos. Pero “cómo” creer es la obra del Espíritu y no se debe ir a extremos para tratar de explicarlo. Cuando has terminado tu mensaje, has terminado tu tarea; vaya a tu casa y ore por la bendición de Dios sobre el men-

saje. Dé la mano con cariño a tus oyentes al salir, y tenga buenos tratados para dar en la puerta a todos, aun a los creyentes, para que los visitantes no se sientan señalados.

Un culto de predicación del evangelio se debe caracterizar por himnos cantados con fervor y oraciones genuinas para que se oiga la voz de Dios y pecadores respondan. Que cada uno de nosotros sea fructífero en su esfuerzo de “divulgar la palabra del Señor”.

A continuación presento un apéndice a los comentarios anteriores sobre la verdad del evangelio y el vocabulario Escritural. Resume cómo los términos Bíblicos pueden ser de ayuda para explicar el evangelio.

La *salvación* se relaciona con el pecador perdido sin esperanza, y su necesidad de ser rescatado. La *redención* se relaciona con el pecador en su esclavitud al pecado y necesitando liberación. La *regeneración* se relaciona con el pecador como muerto espiritualmente y necesitando un nuevo nacimiento. La *reconciliación* se relaciona con ser un enemigo de Dios y necesitando someterse a Sus términos de paz. El *perdón* se relaciona con el pecador que ha ofendido a Dios y necesita la remisión de su deuda de pecado. La *justificación* se relaciona con la culpabilidad del pecador delante de Dios el juez y la necesidad de recibir la justicia divina. La *limpieza* se relaciona con que el pecador no es apto para estar en la presencia de Dios y la necesidad de quitar la contaminación. Un pecador necesita conocer su necesidad y la provisión de Dios para esa necesidad en todos estos aspectos.

De “Truth and Tidings” Junio 2016

III-Nuestra mente débil

A J Higgins / Trad. D.R. Alves
Truth & Tidings, Worldview

Shakespeare lo dijo allá en 1600: “La escena final de tan singular variada historia es la segunda niñez y el olvido total, sin dientes, sin ojos, sin gusto, sin nada”. La descripción que Salomón da en Eclesiastés es todavía más gráfica: las guardas de la casa tiemblan, las muelas no sirven porque son pocas, se teme lo que es alto y por los terrores del camino, 12.1 a 7, y a la postre la cadena se quiebra y el cuerpo vuelve a la tierra.

La mayoría de los creyentes no temen la muerte pero la mayoría teme la debilidad y la demencia. Temen esta “segunda niñez” con su “olvido total” y la pérdida de todo lo que hace la vida agradable y valer la pena. Encontrarnos discapacitados, depender de otros por las necesidades más básicas de la vida, sin saber apreciar a aquellos que amamos y las cosas espirituales que tanto valíamos – nadie quiere esto. Además del clamor conmovedor y penetrante que acompaña la muerte de uno joven todavía, hay el misterio de por qué Dios permite que los creyentes se envejecen y desciendan por las etapas de la demencia. Es una de las grandes incógnitas que nos confrontan.

La realidad de la vejez

Lenta pero inevitablemente, la sociedad avanza a su propia respuesta: que

una vida humana de esta calidad no tiene valor y debe ser dejada a morir, o aun ayudada a morir. En algunas partes de nuestro mundo se considera que la eutanasia es un acto humanitario. El suicidio asistido se permite en ciertas jurisdicciones de las Américas. Una sociedad que persigue la felicidad y diversión imprudentemente, que mide todo por la apariencia y sus logros, no ve ningún valor en que una persona como éstas siga con vida y reciba cuidado. Encuestas recientes indican que aproximadamente un tercio de los entrevistados consideran que los ancianos son una carga para la sociedad. Dudamos que estos sondeos hayan sido tomados en una residencia de ancianos o en una comunidad para gente mayor de 55 años. Más y más los gobiernos están costeadando el cuidado de los ciudadanos en el atardecer de la vida, pero esto agudiza el problema de una reducida base imponible en la población. Parece casi inevitable que estos individuos llegarán a ser vistos como desechables “pesos” sociales y económicos.

Favor no interpretar mal el escenario que estamos presentando. No se trata de personas en su postrimería que están conectadas a un aparato respiratorio artificial, ni de aquellos con enfermedades incurables que están al borde de la muerte pero encuentran alivio, sólo para enfrentar la crisis de nuevo un par de horas

después. Estamos contemplando a los miles y miles que están en ancianatos, o en las casas de hijos y bajo el cuidado de familiares amorosos. Estamos hablando de aquellos años en declive y la gente que ha entrado en aquella séptima etapa de la vida, que Shakespeare reconoció hace más de 400 años y que Salomón describió en su memorable caricatura de la vejez.

Pero todo esto no aporta a la pregunta de *por qué* les es permitido a los debilitados de cuerpo o mente quedarse aquí. ¿Qué valor puede haber para ellos al meramente existir en ese estado? No pueden aprovecharse espiritualmente, ni tienen la posibilidad de crecer. ¿No será que hemos sido enseñados que el Señor permite las pruebas – la enfermedad inclusive – para nuestro desarrollo espiritual? Estos creyentes han sobrepasado la habilidad de aprovecharse de sus circunstancias. Indudablemente no están entre aquellos que “aún en la vejez fructificarán”, Salmo 92.13. ¿Por qué, entonces, el Señor lo permite en su sabiduría soberana? ¿Por qué no simplemente los lleva a su Hogar?

El valor de los ancianos

Nadie cuestionaría el valor de los creyentes mayores que están lúcidos y en condiciones de compartir su caudal de experiencias con otros. Su valor es inestimable. Ellos aportan carácter y estabilidad a las asambleas y pueden comunicar a una generación venidera los conocimientos adquiridos de Dios y pruebas a lo largo de años. Todos nosotros podemos echar una mirada atrás a santos mayores que nos ayudaron grandemente en el pasado. No nos gusta pensar cómo habrán sido nuestras vidas cristianas sin su aporte valioso. Gustosamente nos le-

vantamos delante las canas y les concedemos su corona de honor, Levítico 19.32, Proverbios 16.31.

Pero ahora aquel vibrante y valioso santo, entrado ya en la tercera edad, ha descendido a la noche de confusión y desorientación. La comunicación se hace de un todo imposible y, peor aún y más temible, la personalidad ha cambiado radicalmente. Aparecen de repente palabras y modales que habían sido ajenas a una vida santificada. Con todo, resuena por el universo moral la angustia inevitable de “¿Por qué?” ¿No sería un gran alivio si fueran llevados al cielo? ¿La muerte no sería una misericordia? ¿Los “ángeles malvados” les perjudicarían en realidad al soltarles de las cadenas en su demencia?

No hay respuestas fáciles a dilemas morales como éste. Respuestas no deben ser ofrecidas a la ligera. Estamos ante unas de las más difíciles cuestiones éticas que para algunos pone en duda la sabiduría y el amor de Dios. Por esto debemos andar aquí con cautela y sensibilidad. Probablemente algunos lectores tienen la carga de cuidar a creyentes con estas aflicciones. Sonarán raras a ellos las convencionales respuestas teológicas. A diario enfrentan el reto de cuidar a otros; están gastando sus esfuerzos sin la satisfacción de ver mejoría en sus pacientes. Se entregan cada día sin ningún reconocimiento de parte de los que están sirviendo.

Está claro que, por cuanto estas circunstancias no pueden ser para el provecho del creyente afligido por ellas, deben ser para el beneficio nuestro. Con esto en mente ofrecemos algunas sugerencias acerca de los propósitos de Dios.

Lo sagrado de la vida

Nuestro concepto de la vida está a prueba. ¿Es sagrada? Por cuanto somos de los que afirman el valor de la Palabra de Dios para guiarnos en todas las cuestiones éticas y morales, debemos afirmar que la vida es sagrada. Tan es así que Dios ordenó a Noé que quienquiera quita la vida de otro había perdido el derecho de vivir, “porque a imagen de Dios es hecho el hombre”, Génesis 9.6. La vida tiene valor porque el hombre está hecho en la imagen de Dios. A lo largo del Antiguo Testamento abundan prohibiciones de tomar una vida, Éxodo 20.13, Deuteronomio 5.17. Dios, quien dio la vida, es el único que tiene el derecho moral de decir cuándo debe ser quitada.

El hombre fue creado distinto del resto de la naturaleza y para tener dominio sobre ella. Hecho a la imagen de Dios, él lleva la impronta de dignidad divina, aunque sea el peor de pecadores. De veras, la vida es sagrada.

La eutanasia es muy diferente de inútiles negar esfuerzos médicos para prolongar la vida. La eutanasia es la ayuda proactiva para terminar una vida prematuramente. En los ojos de muchos es “muerte misericordiosa”, salvando a uno de sufrimiento, dolor e incapacidad innecesarios. Por cuanto es incorrecto bíblicamente adelantar la muerte de cualquiera, tenemos que decir que cualquier iniciativa deliberada de adelantar una muerte es moralmente incorrecta.

Esto no resuelve la cuestión que nos es planteada y pone en la mira nuestra teología. ¿Por qué permitiría Dios que santos se deterioren a la demencia, un estado donde su apreciación de las cosas espirituales está embotada y su potencial para crecimiento por experiencia es nulo?

La realidad de la muerte

La muerte es el fin para cada uno de nosotros, aparte de la venida del Señor. Nos hemos preparado espiritualmente para la muerte, pero debemos hacerlo también por medio de testamentos vitales, o sea, documentos de voluntades anticipadas. Estas instrucciones sobre nuestro tratamiento en caso de incapacidad ayudarán a otros a discernir nuestros deseos cuando no podemos decirseles. La verdad del Corintios 15.55, “¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?”, no será conocida hasta que el último enemigo haya sido destruido. Si es un enemigo, entonces no hay por qué no resistirlo, si hay posibilidades de volver a una vida con sentido y no meramente esperar la próxima vez que se requiere una resucitación cardíaca. Esto quiere decir que no hay nada malo o antibíblico en aprovecharse de los conocimientos médicos y la tecnología para salvar la vida.

Entonces, ¿qué de si se trata de la demencia? En una sociedad que no ve valor en el sufrimiento y la discapacidad, y que mide todo por bien sea un metro financiero o por la conveniencia, tenemos que afirmar el valor de la vida pero también afirmar la conformidad con la muerte a su tiempo. No “rabiamos contra la luz moribundo”, como postuló Daylan Thomas, sino permitimos a Dios fijar la ocasión de nuestra muerte.

El valor de estos santos

Como se ha observado ya, si el valor de la prueba de la discapacidad y la demencia no es para el beneficio de ellos, entonces debe ser para el nuestro. ¿Estos creyentes son valiosos con base en quiénes son, o con base en de Quién son? ¿Su valor está vinculado a su productividad y utilidad a la sociedad? ¿Será que ya no son una persona porque su capaci-

dad mental está perjudicada? ¿Han llegado a ser, al final de esta vida, meros “productos de una concepción”, como lo expresan aquellos que abogan por el aborto?

¿O, al contrario, les atesoramos como sus ovejas a ser cuidadas en toda suerte de circunstancias? Al cuidar a aquellos que no pueden apreciar o aprovecharse de su experiencia, estamos afirmando la santidad y el valor de la vida humana. Estamos testificando al valor de la vida como Dios la ha dado.

Adicionalmente, hay aquí una oportunidad excepcional para creyentes. Es una ocasión para mostrar amor y cuidado como el de Dios para aquellos que no pueden reciprocarse. Cada día Dios hace brillar su sol sobre los malos y los buenos, y deja caer su lluvia sobre el justo y el impío, Mateo 5.45. A diario Él bendice la humanidad que blasfema aquel digno Nombre, pero con todo sigue bendiciendo sin interrupción. En un restaurante hoy me fijé cómo la gente recibía su comida y de una vez empezaba a comérsela, sin reflexionar por un momento que la bondad de Dios había provisto todo lo que tenían por delante. Aun así Dios prosigue dando cada día sin que se le ofrezca una palabra de agradecimiento.

Aquellos que cuidan a los santos con las ataduras de la demencia o la discapacidad física expresan amor para con quienes no pueden apreciarlo ni devolverlo. Están dando unilateral e incondicionalmente a otros. Bien puede ser que nunca hagan otra actividad como la de Dios en otra manifestación de atención y amor. Amar y no recibir nada a cambio, cuidar sin que se lo agradezca, es una prueba de carácter espiritual.

Pensemos en un esposo ministrando tiernamente a una esposa que ahora no sabe cómo se llama él ni se da cuenta de quién es. Ella habla de su madre y padre y su mente está ocupada de los recuerdos de su niñez. Con todo, él prosigue con paciencia y amor en atender a todo lo que ella necesitar. O, a la inversa, la esposa dedicada que atiende a su esposo derrumbado por un derrame cerebral, quien no puede hablar ni tomar su propia comida. En cada caso se despliega amor desinteresado. Cada uno que comparte está experimentando y aprendiendo algo del corazón de Dios.

Veza tras veza la Palabra de Dios nos hace recordar la necesidad de tratar a todos justamente y con imparcialidad. Salmo 72, que versa sobre un tiempo futuro cuando un Rey reinará en justicia, enfatiza a los afligidos y menesterosos. ¿La justicia moral sería administrada al matar a los dementes y debilitados? ¿Han hecho algo para merecerlo? ¿Sería justo? Dios se preocupa por los infantes, indefensos y débiles. Él es el Dios del vulnerable y se vengará de todos los que se aprovechan de los tales. Al comienzo de la vida el aborto viola esta norma. Al final de la vida la eutanasia hace lo mismo.

Ninguno de nosotros desea ser mentalmente incapacitado, ni ser responsable por muchos años de alguien en esa condición. Sin embargo, reconozcamos el valor de todos los creyentes y procuremos, con ayuda divina, rendirles amor y cuidado conforme con el de Dios. Debemos rechazar categóricamente cualquier intento a menguar la dignidad como persona de cualquier individuo hecho “a la imagen de Dios”.

El Sermón del Monte (17)

Transcripción de Estudios Bíblicos sobre Mateo 5-7

David Gilliland



Estudio # 7: Mateo 6:7-15

Introducción

En esta sección el Señor Jesús amplía sobre el tema tan importante de la oración. Sin embargo, es una de las partes del Nuevo Testamento que tendemos a descuidar. Puede haber dos razones por esto:

a. Algunos hermanos enseñan que no tiene nada que ver con nosotros. Si así es, ¿por qué leerla? ¿Por qué hablar de ella? ¿Por qué estudiarla? Como estamos dedicando un culto completo para considerarla, es obvio que no estamos de acuerdo con ese punto de vista.

b. Ha sido muy abusada en círculos religiosos. Personas que no tienen ningún derecho de usarla, la están repitiendo constantemente. Se ha hecho tan común por causa de ese abuso que la evitamos, y subestimamos su valor, hermosura, dignidad, grandeza y relevancia.

Ya hemos considerado los vers. 5-6 en el estudio anterior. En los vers. 5-15 hay cinco asuntos generales de vital importancia acerca de la oración:

1. La sinceridad de la oración, v.5. Los súbditos de Su reino no deben ser actores como los fariseos; debe ser un asunto del corazón. El motivo por hacerlo es de suma importancia.

2. Lo secreto de la oración, v. 6. No es para publicidad; el Señor dijo: “entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto”.

3. La sencillez de la oración, v. 7-8. Les dice que no deben complicar sus oraciones con vanas repeticiones como los gentiles. Tales repeticiones no son necesarias por el simple hecho de que su Padre ya sabe. No hará falta que expliquen y repasen vez tras vez las mismas cosas porque Él sabe aún antes de que comiencen a pedir. De modo que sus oraciones pueden ser absolutamente sencillas y no hay necesidad de una compleja repetición.

4. La sustancia de la oración, vers. 9-13. Esto será nuestro interés principal en el Estudio, y lo consideraremos en detalle. Aquí están las cosas que interesan a nuestro Padre celestial, y por lo tanto son las cosas que deben preocuparnos y orar por ellas.

5. El espíritu de oración, vers. 14-15. La persona que ora debe tener un espíritu perdonador. Si no lo tiene, será un obstáculo serio. Si no está bien con sus hermanos cuando viene para hablar con Dios, ¡el obstáculo horizontal será una obstrucción vertical! Cada vez que oramos necesitamos el perdón, y el Señor les dice que no recibirán de su Padre el perdón que necesitan si no han perdonado ya a sus hermanos. Como dice Pablo en 1 Tim. 2:8, la oración debe hacerse con un espíritu “sin ira ni contienda”.

Siempre existe algo de pena cuando hablamos acerca de la oración, porque reconocemos que estamos procurando hablar de algo acerca del cual nuestro conocimiento es muy, muy limitado.

Pero Aquel que habló acerca de la oración en esta ocasión nunca sufrió ninguna limitación así. Él podía enseñar a los hombres cómo acercarse a Dios, porque Él es el eterno Hijo de Dios. Él conocía cuáles eran las cosas que le interesaban a Su Padre, porque había estado desde la eternidad en Su seno, y ahora enseña a otros que están lejos cómo acercarse a Él. En efecto, Él podía decir: “Cuando vienen a mi Padre, yo les diré qué es lo que deben hablar con Él, porque yo conozco cuáles son Sus intereses”.

En cuanto a la oración en sí, es fácil observar algunas cosas:

1. Su estructura. Es relativamente sencilla, pero está cuidadosamente organizada.

- a. **Su comienzo** – “Padre nuestro que estás en los cielos”
- b. **Su continuación** –Contiene 6 peticiones.
- c. **Su clímax**–“Tuyo es el reino, y el poder, y la gloria”.

Cuando oramos debemos siempre, muy sencillamente, recordar que estamos viniendo a una Persona grande, para que traigamos a Él peticiones muy definidas, y también debemos darle la alabanza que Él merece. Estamos conscientes de:

- a. **La Persona a quien nos dirigimos.** Hablamos a nuestro Padre que está en los cielos.
- b. **Las peticiones que hacemos.** Estos son los asuntos que debemos presentarle.
- c. **La adoración que atribuimos.** Le damos toda la gloria.

Las Peticiones. En cuanto a las 6 peticiones debemos observar que están en dos partes con 3 peticiones cada una.

- a. Las 3 primeras tratan de **cosas que pertenecen a Dios** –“Tu nombre; Tu reino; Tu voluntad”.
- b. Las 3 últimas tratan de **cosas que pertenecen a nosotros.** –“Danos; Perdónanos; Líbranos”.

¡Dios primero! Ponga a Dios primero en la oración; entonces podemos llegar a considerar nuestras propias necesidades.

Justicia y misericordia. Hemos visto repetidamente en el Sermón que el Señor utiliza el orden de “justicia” primero, y luego “misericordia”. Lo hemos visto en las Bienaventuranzas, en la sal y la luz, en el orden de los estándares del capítulo 5, y al comienzo del capítulo 6; y exactamente el mismo orden se cumple en esta oración. En las 3 primeras peticiones el Señor está pensando principalmente de la “justicia”, y en las últimas 3 peticiones es la “misericordia”. Cristo mantiene el mismo orden en Sus pensamientos.

2. Su secuencia de pensamiento.

- a. En las primeras 3 peticiones observamos que dondequiera que el nombre de Dios es santificado, allí vendrá Su reino, y Su voluntad se hará en la tierra como en el cielo. Una cosa conlleva a la otra.
- b. En las últimas 3 peticiones debemos pedir primero por la necesidad presente (“el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”), entonces ayuda para los fracasos del pasado (“perdónanos nuestras deudas”), y entonces ayuda para dificultades futuras (“no nos metas en tentación”). De modo que el Señor va del presente al pasado y luego al futuro.

El Señor comienza la oración con el cielo (“Padre nuestro que estás en los cielos”). En el centro de la oración desciende a la tierra y nuestras necesidades

cotidianas. Luego, casi al final de la oración Él habla del Diablo (“libranos del Malo”). Y termina nuevamente en el cielo, dando a Dios la gloria. Esta es una hermosa secuencia de pensamiento. El Salvador comienza en el trono del Padre, desciende rápidamente a la tierra, toca hasta el infierno, antes de subir nuevamente a la gloria eterna.

3. Su **simetría**. Hay una correspondencia notable entre los dos grupos de tres peticiones, como sigue:
 - a. “Santificado sea tu nombre” –se refiere a Dios como Padre.
 - b. “Venga tu reino” –se refiere a Dios como Rey.
 - c. “Hágase tu voluntad” –se refiere a Dios como Amo.
 - d. “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy” –un padre da pan a sus hijos.
 - e. “Perdónanos nuestras deudas” –un rey perdona a sus súbditos.
 - f. “No nos metas...libranos” – un Amo dirige a su siervo en tiempos de dificultad.

Así, la primera petición corresponde con la cuarta, la segunda con la quinta, y la tercera con la sexta, en un orden simétrico paralelo.

Ya debemos habernos dado cuenta que lo que ha llegado a ser tan común en los labios humanos, está marcado por un gran cuidado, orden y belleza. Pero estaríamos perdiendo el rumbo si diéramos la impresión que tenemos que estructurar nuestras oraciones de esta manera, o llegáramos a la conclusión que tenemos que tener todo en orden para poder orar. Hay una hermosura en esta oración que nosotros nunca vamos a reproducir. Esta es la perfecta oración de los labios de Cristo mismo, como un patrón para Sus

discípulos, con principios muy amplios para nosotros.

Para resumir: Es infantil en su sencillez, pero integral en su alcance.

Discusión

Tenemos ejemplos de vana repetición cuando los falsos profetas clamaron a Baal desde la mañana hasta el mediodía (1 R. 18:26), y en Hch. 19:34 cuando los efesios clamaron a Diana por dos horas.

Repetición. El Señor no está prohibiendo repetición. Él repitió sus propias oraciones algunas veces. El énfasis aquí es en no usar vanas repeticiones, como los gentiles. Los súbditos de Su reino no deben usar vanas repeticiones.

En los vers. 5,6 Él nos ha enseñado a no orar como los hipócritas. La oración para ellos era una mera actuación.

Ahora en los vers. 7,8 se nos enseña a no orar como los gentiles. La oración para ellos era un parloteo.

Ellos pensaban que era un mero asunto de multiplicar palabras a Dios, y si se ejercía suficiente presión, y se bombardeaba a Dios con repetidas peticiones, Él eventualmente podría ceder y conceder sus peticiones. Pero la oración no es un asunto de tratar de sacar algo de Dios, o torcerle para acomodarse a nuestra forma de pensar, o persuadirle que haga algo que Él no quiere hacer. Como dice el v. 8, él sabe de qué cosas tenemos necesidad, antes que le pidamos. De manera que no se hace necesaria mucha vana repetición. Como toda esa clase de repetición es vana, nunca va a lograr ningún resultado.

¿Por qué necesitamos orar?
¿Podemos cambiar a Dios mediante la oración? Si Dios va a hacer la cosa de todos modos, ¿por qué molestarnos para orar a Él? Y si Él ya sabe de qué cosas

tenemos necesidad, y si nos va a dar cosas, entonces ¿cuál es el propósito de orar? No oramos para informar a Dios. ¡Él no necesita información! Y, definitivamente, no oramos para hacerle cambiar de mente.

La respuesta más básica del por qué oramos es porque el Señor mismo nos manda a orar. Él también oraba. De modo que, en obediencia a Él, oramos. Nos introduce a gozar de comunión con Dios. También es una de las expresiones de una relación espiritual que no existía antes de nuestra salvación. No necesitamos ser enseñados a orar sencillamente al Padre. Inmediatamente después de nuestra conversión podíamos hablar a Dios (y muy sencillamente) en oración.

En Dn. 9, Daniel sabía por haber leído el libro de Jeremías que los 70 años de cautividad estaban por cumplirse, por tanto, entró en la presencia de Dios y oró. ¿Por qué no tomó la actitud de que si el tiempo estaba casi cumplido, Dios haría lo que Él había dicho y por tanto no tenía por qué molestarse en orar por ello? Más bien, ayunó y oró.

Verdadera Oración. En la oración verdadera Dios obra en nuestros corazones para producir peticiones que estarán en concordancia con Su voluntad. Así que, uno de los propósitos de la oración es que nosotros seamos cambiados, ¡no cambiar a Dios! Cuando leemos las Escrituras comenzamos a sentir una carga por algo, y también las circunstancias en nuestras vidas pueden hacernos sentir ejercicio, y al llevar todas esas cosas a la presencia de Dios, encontramos que nuestra actitud está siendo cambiada y condicionada por la atmósfera de la presencia de Dios. Dios nos permite compartir los deseos de Él. La oración comienza con Dios. Él pone Sus propios intereses en nuestros corazones y Su pro-

pósito y deseos llegan a ser nuestros. Dios no necesita la oración, de modo que es para el beneficio nuestro.

Las oraciones de Cornelio fueron oídas, aun cuando no era salvo todavía (Hch. 10:2,31). La oración del publicano fue oída (Lc. 18:14). Filipenses 4:6 nos enseña que debemos mezclar alabanza en nuestras oraciones.

No le impartimos información de cualquier clase a Dios en la oración. Nuestro Padre sabe de qué cosas tenemos necesidad, antes de pedirle. A veces no sabemos qué debemos pedir. Pero Él siempre sabe qué es lo que necesitamos.

“La oración cambia las cosas”. Muchos Cristianos utilizan este dicho. ¿Pero no es correcto decir que la oración cambia a Dios?

Personas inconversas oraron en Jonás 3:8. Clamaron a Dios fuertemente y Dios “se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo”. (v.10). En un sentido podríamos decir que la oración cambió el plan que Dios tenía para Nínive. Pero eso no es exactamente cierto. Dios aun fue consecuente con Su propio carácter. Los Ninivitas cambiaron, y su oración demostró que había ocurrido un cambio en sus corazones. No es que nuestras oraciones pueden cambiar a Dios, pero si somos verdaderamente humildes delante de Dios, ocurre un cambio dentro de nosotros mismos, y luego Dios puede cambiar las circunstancias. En Ex. 32:12-14 dice que Dios se arrepintió cuando Moisés oró por Israel. Es una idea similar al de Jonás 3.

Un principio que controla todos los aspectos de la oración es “Si algo pidieris in Mi Nombre”. Deberíamos estar bastante conscientes de cuál es la voluntad de Dios antes de orar, y con eso se resuelve el problema de estar pidiendo algo que Él no está dispuesto a darnos.

Lo que preguntan

COMO DESCUBRIR TU DON

Entre las preguntas importantes que hacen creyentes de cualquier época siempre están estas: ¿Cuál es mi don? ¿Qué puedo hacer o cuál es mi papel en la asamblea local? No te equivoques; es el Espíritu de Dios quien pone estas inquietudes en tu corazón y alma. El apóstol Pablo dijo a Timoteo, un hombre más joven y con potencial: “No descuides el don que hay en ti” (1Tim 4:14) y “te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti” (2Tim 1:6), mostrando claramente que Dios ha puesto dones en nosotros y espera que nosotros los utilicemos. El apóstol también animó a los creyentes en Corinto a “codiciar” o “procurar” los dones mejores (1Cor 12:31). Cinco veces en el NT se habla de coronas que el creyente puede ganar, y debe luchar por ganarlas con el fin de echar cada corona un día a los pies del Hombre que murió por nosotros en el Calvario. Sí, vale la pena que propongamos en tu corazón el llegar a conocer cuál es el don que Dios te ha dado, descubrir cuál es el área de servicio en la que Él quiere que te ocupes en la asamblea local, y utilizar ese don para Su gloria. El apóstol Pablo resalta en Romanos 12:1 que esto es nuestro culto o servicio “racional”. Entonces, algo menos que esto es una débil e irrazonable respuesta al perfecto amor del Señor Jesús mostrado al salvarnos y capacitarnos para ser usados en Su servicio.

Desde un principio, es crucial reconocer que Satanás no quiere que nosotros conozcamos y ejerzamos nuestro don, porque él aborrece todo lo que a Dios le agrada. A medida que continúes en tu servicio a Dios, debes estar preparado para

enfrentar la realidad de que Satanás, nuestro “adversario” (1Ped 5:8) hará todo lo posible por desviar tu interés en conocer tu don con las distracciones de este mundo (2Tim 4:10). Con el fin de que te desalientes y no sigas el camino que Dios ha trazado para ti, este enemigo podría utilizar aun a otros creyentes (Mat 16:23); o también, siendo él el “acusador de nuestros hermanos” (Apoc. 12:10), podría cargarte con un sentimiento de culpa por fallas en el pasado etc., impidiendo así tu comunión con Dios y tu utilidad para Él. Con todo, la buena noticia es que hombres y mujeres que nos han precedido, han comprobado la verdad que “mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo” (1Jn 4:4).

La pregunta ahora es: ¿Qué debemos hacer para conocer cuál es el don que hemos recibido? A continuación, consideramos una lista de principios que encontramos en pasajes específicos de la Biblia, (no es una lista de reglas inventadas por el escritor), que nos muestran qué debemos hacer para conducirnos a través de la vida cristiana, encontrando las respuestas a estas interrogantes en concordancia con la voluntad de Dios.

1. Forma parte de una asamblea local.

No encontramos en el Nuevo Testamento ejemplos de creyentes utilizando su don espiritual apropiadamente en otro lugar que no sea en la comunión de una asamblea local. Los capítulos que nos enseñan sobre los dones espirituales (1Cor 12, 14), muestran que el ejercicio de los mismos es en el contexto de una iglesia local como la expresión del cuerpo de Cristo. Claramente, no es la intención de Dios que seamos agentes libres, actuando

aisladamente en el mundo. Apolos intentó, y luego, al unirse a la iglesia local, tuvo que ser tomado aparte para ser instruido “más exactamente en el camino de Dios” (Hch18:26). Hechos capítulo 2 muestra el patrón para todo verdadero creyente, en el cual “los que recibieron su Palabra... se añadieron” (Hch 2:41). Este patrón continúa a través de todo el libro de los Hechos y el resto del Nuevo Testamento, donde todo creyente formaba parte de una iglesia local, y sólo por causa de pecado moral (1Cor 5) o error doctrinal (1Tim 1:20), se podían encontrar fuera de la comunión de la iglesia local. Formar parte de una iglesia local de acuerdo a los patrones bíblicos significa que tú estás andando en obediencia al Señor, habiéndole ya obedecido en el bautismo (Mt 28:19, Hch 2:41) y en el partimiento del pan (Luc 22:19). En la antigüedad Samuel dijo a Saúl, “el obedecer es mejor que los sacrificios” (1Sam 15:22). Si aún no formas parte de una asamblea local de creyentes que está siguiendo el patrón del Nuevo Testamento, el primer paso que debes dar es obedecer al Señor hallando ese hogar espiritual, antes de ocuparte en el servicio (“sacrificio” para él) o conocer y ejercer un don espiritual.

2. Sé un miembro activo en la asamblea

Seguramente quieres que Dios te ayude a identificar tu don y a utilizarlo para su gloria. Si es así, entonces debes poner en primer lugar la asamblea donde ese don va a ser ejercido. El libro de los Hechos muestra claramente que los creyentes que eran añadidos a la iglesia estaban activamente involucrados de forma que “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (Hch 2:42). No hay ejemplos en el Nuevo Testamento de creyentes que sólo estaban presentes en el partimiento del pan el domingo, o que regularmente deci-

dían no estar presentes en algunos cultos de la asamblea. Es lamentable como Satanás ha logrado que la vida moderna cause estragos en la consagración de los creyentes a la asamblea y a la asistencia a los cultos. Sean los deberes del hogar, los horarios de trabajo, el tráfico en la ciudad, equipos deportivos de los hijos..., muchas cosas, aunque no son malas en sí mismas, te desviarán a ti y tu familia de ser útiles para Dios, a menos que pongas la asamblea en primer lugar. Para ser un miembro activo en la asamblea, tendrás que sacrificarte, sin esperar que otros creyentes te den las gracias por ello. Lo que buscamos es la alabanza del Señor: “Bien, buen siervo y fiel” (Mat 25:21).

3. Mantén cuentas cortas con Dios

David compartió con nosotros su intensa oración personal cuando escribió: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno” (Sal 139:23-24). Si deseas ser útil para Dios, el pecado en tu vida debe ser atendido primero, antes de que puedas ser guiado en relación a tu don y área de servicio en la asamblea.

Si tu conciencia te está molestando al leer esta sección, te animo a volverte a Dios en confesión ahora mismo, pidiendo perdón por ese pecado específico que has cometido (1Jn1:9), y pidiendo fuerza para abandonarlo, sea lo que sea, a fin de que puedas ser útil para Él.

Pretender que puedes ser útil para Dios mientras continúas con ese pecado en contra de Él es hipocresía, y somos advertidos a no contristar al Espíritu Santo deliberadamente (Ef. 4:30). Puedes tener apariencia de piedad, pero negar la eficacia de ella (2Tim 3:5). Podrías estar ocupado mecánicamente con lo que parecen ser actividades espirituales y cosas que deben

hacer los cristianos, pero no disfrutar del gozo genuino que viene de ejercer tu don en comunión con Dios. Podemos notar esto en la experiencia de David, quien después de su pecado con Betsabé, lo confesó y pidió que “el gozo de tu salvación” le fuese devuelto (Sal 51:12). Por otro lado, no hay gozo como el de tener una conciencia limpia delante del Señor y así ejercer dones que sabes que Él te ha dado (lea Sal 1 y Sal 32).

4. Ora diariamente a una hora específica y también durante todo el día.

Debido a que nuestras vidas están ocupadas y Satanás no quiere que oremos, es necesario que tengas un intervalo regular de tiempo para la oración en tu vida. Tratar de “encajar la oración donde sea” no va a funcionar. Animo a cada lector de esta sección, sea joven o anciano, a darle a Dios los primeros 15 minutos de su día por los próximos treinta días consecutivos y experimentará como Dios le cambiará como resultado de esto. Parte de tu oración puede y debe ser que el Señor te muestre cuál es tu don y en qué puedes contribuir en la asamblea.

5. Estudia la Biblia

El apóstol Pablo aconsejó a un hombre joven que buscaba dirección, cuando escribió: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de que avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2Tim2:15). Conocer tu Biblia es esencial para ejercer un don, sea este público o privado. Si tu don es predicar el evangelio, ¿cómo puedes predicarlo correctamente si no conoces la doctrina del evangelio? Lo mismo aplica para dar testimonio personalmente. ¿Cómo puedes testificar efectivamente a un amigo o conducir un alma a Cristo si no puedes mostrarle el evangelio en la Biblia? Lo mismo aplica para una clase dominical. ¿Cómo puedes enseñar a niños y jóvenes y responder inte-

ligentemente sus preguntas en esta edad post-moderna si no conoces tu Biblia? Yendo aún más allá, si tu don es enseñar la Palabra de Dios, si no dedicas el tiempo necesario a estudiar tu Biblia con cuidado antes de levantarte a hablar, ¿cómo podrías estar seguro de que estás hablando “conforme a las palabras de Dios” (1Ped 4:11) o “usando bien la palabra de verdad” (2Tim 2:15), y que no estas enseñando algo errado? Todos tenemos que reconocer que estudiar es distinto a leer la Biblia. Estudiar requiere sacrificio y tiempo a solas con la Biblia abierta en la presencia de Dios.

Mi consejo para comenzar es que le des a Dios dos horas cada semana dedicándolas al estudio de la Palabra de Dios. Esto pondrá a prueba si estás buscando con seriedad conocer cuál es tu don y quieres ser útil para Dios. No es razonable esperar que ninguna persona esté en buenas condiciones físicas sin invertir al menos dos horas por semana en un programa de ejercicio físico. Entonces, ¿invertir menos tiempo que esto en conocer tu Biblia será suficiente? Tomando el ejemplo dejado por hombres y mujeres piadosos que nos han precedido, el sábado por la noche es un momento excelente para apartar para este propósito, porque también nos ayuda a preparar nuestros corazones para la adoración el domingo por la mañana.

6. Pregunta dónde hay necesidad y dónde se necesita ayuda

El Señor Jesús dio el gran ejemplo cuando dijo: “Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega” (Jn. 4:35). Él dijo a sus discípulos que quitaran la mirada de sí mismos y consideraran la necesidad a su alrededor. Hoy día cada asamblea tiene necesidad. Cada uno de nosotros debería seguir el consejo del Señor y, en vez de mirar dentro de nosotros mismos, pensando cuál será nuestro don, debemos mirar a nuestro alrededor, a

donde hay necesidad evidente en la asamblea y buscar la forma de ayudar en la misma.

El Nuevo Testamento destaca claramente que ejercer dones espirituales públicamente o en privado es un asunto de dar, no de recibir. Por ejemplo, 1Corintios 3 pone claro que cada creyente es un constructor, destacando que lo que el Señor está buscando es la calidad de lo que ponemos en esa construcción. ¿Es algo de valor como oro, plata o piedras preciosas? ¿O es algo sin ningún valor como madera, heno, hojarasca, que va a socavar la fundación de la iglesia? Así como un constructor inspeccionaría una construcción, examina con cuidado tu asamblea. ¿Dónde ves necesidad? ¿Se está predicando el evangelio con claridad o hay oportunidades que se están perdiendo? ¿Hay suficientes maestros en la Escuela Bíblica o apreciarían más ayuda? No te preocupes mucho pensando si cierta área de necesidad está o no en las listas específicas de dones que hallamos en las Escrituras. Mete la mano y ayuda donde hay necesidad, y Dios abrirá el camino delante de ti. Si tienes duda en cuanto a dónde está la necesidad en tu asamblea, pregunta a los ancianos o a creyentes que están activamente involucrados en la asamblea, dónde puedes ayudar.

7. Acompaña a un creyente mayor y pídele consejo

Las Escrituras están llenas de ejemplos de creyentes jóvenes sirviendo junto a creyentes de más experiencia. El libro de los Hechos nos muestra a Pablo con Ananías, a Timoteo y Tito con Pablo, y a Juan Marcos con Bernabé. Busca a un creyente con más tiempo en el Señor que esté ocupado en la asamblea, ya sea visitando a los enfermos o enseñando en la Escuela Bíblica, evangelizando, etc. No es asunto de tener un puesto de importancia, es asunto de buscar la forma de ayudar.

Pedir consejo es casi un arte perdido en la asamblea en estos tiempos. Lo que se espera, de acuerdo a las Escrituras, es que creyentes de más experiencia enseñen a los más jóvenes, como se ejemplifica en 1Timoteo, 2Timoteo, y Tito. Entonces, ¿cómo puede un creyente de más experiencia ayudarte si tu no le pides? Muchos creyentes de experiencia quisieran ayudar, pero no quieren hacer pensar que están criticando, ni tampoco dar un aporte o ayuda que no es deseada. Comience por pedir consejo a un hermano de más experiencia en el particular, después de haber compartido con él en una clase bíblica, en la predicación o en el ministerio.

Los principios ya mencionados son solo un comienzo. Mi oración es que este artículo te anime y refuerce tu determinación de conocer cuál es tu don y el lugar que Dios tiene para ti en la asamblea local. Mientras que esperamos el regreso del Señor, tenemos oportunidad de “servir a nuestra propia generación según la voluntad de Dios” (Hch. 13:36).

Ryan Smith. “Truth and Tidings”

Sólo un Baile Más (viene de la última página)

del pecado. Una cosa es cierta, un día bailarás por última vez —¡luego vendrá el juicio! Porque “está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio” (Hebreos 9:27). Pero todavía hay una puerta abierta para escapar. Cristo aún recibe a los pecadores. “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). Mañana podría ser demasiado tarde.

De: “Mensajes del Amor de Dios”

Sólo un Baile Más

Sólo un baile más, Juan, y no sigo más en esa vida; voy a dejar eso para siempre. Yo sé que tú tienes lo mejor, pero ¿cómo puede uno decir que ‘No’ cuando le invitan? Yo sé tanto como tú que todo lo que ellos llaman felicidad es falso, pero, una vez que uno comienza, es muy difícil abandonarlo. Yo sé que voy a tener un dolor de cabeza todo el día de mañana después de haber estado bailando y bebiendo, y que me sentiré tan miserable. Pero, definitivamente, es la última vez; después voy a tomar en serio la salvación de mi alma.”

Freddy era joven, y habló estas palabras a un amigo que le estaba procurando señalar el peligro de vivir una vida descuidada sin Cristo.

“No te estoy pidiendo que abandones tus bailes”, le respondió Juan. “Yo sé que es muy difícil si no tienes nada mejor, pero te invito a recibir a Cristo, y entonces no tendrás dificultad. A mí me gustaba el baile tanto como tú, y muchas otras cosas también. Pero desde el momento que recibí a Cristo, nunca tuve deseo de volver a esa vida; y, es más, nadie me invitó más. Ya no lo necesito, porque tengo a Cristo, y Él me satisface por completo. Tengo todo el gozo y el placer que quiero en Su servicio. Puedo asegurarte que no hay nada falso en esto.”

“Tampoco puedes decir que tengo la cara larga, porque Cristo nunca quitó el gozo a nadie. Es verdad que hay muchos religiosos que aparentan algo falso, pero existe lo que sí es verdadero. Y te digo, Freddy, que nada me daría más gozo que saber que tienes la salvación de tu alma.”

“Muy bien, Juan, nos veremos pronto, y entonces hablaremos seriamente de eso. Mientras tanto, no vale la pena hablar, porque voy a bailar una vez más.”

Tal como lo dijo, Freddy bailó una vez más, y fue su último baile. Agarró un resfriado; se complicó con neumonía, y en menos de una semana Freddy estaba en la eternidad. Su último baile fue el precio que pagó por su alma.

Apreciado lector, ¿vas a vender tu alma por ese mismo precio? “Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” (Mateo 16:26). Todo lo que el mundo te ofrece nunca podrá traerte satisfacción. “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed”. Pero Cristo te ofrece lo que verdaderamente trae una satisfacción permanente: “mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (Juan 4: 14).

El Señor puede darte esta salvación tan grande, porque el pagó el precio de nuestro rescate. “Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, (1 Pedro 1:18,19; 3:18).

No te dejes engañar por el falso brillo de este mundo y los placeres temporales

(continúa en la página 23)

